Capítulo 11

Constelaciones, rosas y estrellas en el sermón guadalupano de fray Joseph George Alfaro y Acevedo (1758)

MARGARITA FERNÁNDEZ DE URQUIZA*

El sermón guadalupano del dominico fray Joseph George Alfaro es una obra barroca de gran profundidad y belleza literaria. Pronunciado durante los festejos de la ciudad de Zacatecas, en 1758, para honrar a la Virgen de Guadalupe por su nombramiento como patrona de la Nueva España, el sermón forma parte del documento de las fiestas, impreso al año siguiente. En un marco más amplio, esta pieza oratoria es una muestra de los últimos sermones de estilo barroco en la Nueva España, porque incluye aspectos de transición hacia el neoclásico. El sermón refleja el orgullo criollo que consideraba a la Virgen de Guadalupe como el símbolo identitario de los americanos, quienes más adelante iniciarían el movimiento de Independencia. Para entender mejor el estilo y contenido del documento haremos un recorrido histórico por el culto guadalupano en la Nueva España.

* Departamento de Arte del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

La evolución del culto a la Virgen de Guadalupe en la Nueva España

El culto a la Virgen de Guadalupe del Tepeyac se originó en el primer tercio del siglo XVI, en fechas cercanas a 1531, a través de su imagen pictórica y el relato de sus apariciones. Al inicio, la imagen gozaba de un culto mayoritariamente indígena, localizado en la zona del Tepeyac, aun cuando las órdenes mendicantes y en particular los franciscanos vieron la devoción a la Guadalupana con recelo e impulsaron otras advocaciones marianas. Hacia 1555, el segundo arzobispo de la Nueva España, el dominico fray Alonso de Montúfar (1489-1572) impulsó su devoción junto con el clero secular. Más tarde, los jesuitas, a partir de su llegada en 1572, adoptaron y siguieron difundiendo el culto, instaurando la costumbre de colocar la imagen guadalupana en todos sus templos. Con el tiempo la población española y criolla fue integrando a sus prácticas religiosas el culto a la Virgen de Guadalupe.

La devoción a la Virgen morena aumentó de forma considerable durante el siglo XVII, centuria en que también se publicaron varias crónicas que daban a conocer las apariciones y milagros de la imagen¹. Probablemente desde el siglo XVI —aunque hasta el momento la mayoría de las pinturas conocidas se remontan al inicio del siglo XVII— se multiplicaron las imágenes pictóricas a partir de la original, así como las esculturas de la Guadalupana en templos, conventos y en los hogares novohispanos. En el siglo XVIII proliferaron aún más los altares dedicados a ella en

1 La obra de Miguel Sánchez, titulada *Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe, celebrada en su historia con la profecía del capítulo doce del Apocalipsis. A devoción del Bachiller Miguel Sánchez Presbítero. Año de 1648 Con Licencia y Privilegio* (1648), inaugura las crónicas guadalupanas del siglo XVII. El autor habla de la escasez de documentos escritos en lengua castellana, pero asimismo, se refiere a la existencia de manuscritos indígenas en náhuatl, en los cuales se inspira. La obra de Sánchez ejerció gran influencia sobre los predicadores guadalupanos de la Nueva España y sus conceptos se reflejan en los sermones del festejo zacatecano. Otras publicaciones que aparecieron durante el siglo XVII incluyen las obras de Luis Lasso de la Vega, *Huei Tlamahuizoltica* (1649); Luis Becerra Tanco, *Felicidad de México* (1666), y la del jesuita Francisco de Florencia, *La Estrella del Norte de México*, publicada en la Nueva España en 1688 y en Madrid en 1785.

capillas, iglesias y oratorios de todas las órdenes religiosas, además de los beaterios, conventos de monjas y en los altares domésticos particulares. Las misiones más alejadas de Ciudad de México, como las de los jesuitas, dominicos y franciscanos en Baja California y otras regiones, no fueron la excepción, y algunas de ellas se dedicaron a su advocación.

A principios del siglo XVIII se redoblaron los esfuerzos en la capital de la Nueva España para terminar el nuevo templo de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac. En 1695, el arzobispo Francisco de Aguiar y Seijas aceptó que se destruyera el antiguo santuario que databa de 1622². Se recaudaron fondos para erigir una iglesia más grande y digna, la cual se concluyó en 1709, ya en tiempos del arzobispo Juan de Ortega y Montañés (González, 2004, p. 124). David Brading (2002) describe la nueva edificación:

La nueva iglesia era un edificio majestuoso de tres naves, coronado con una cúpula y torres en cada esquina, decorado al estilo dórico y dominado por tres enormes retablos que alcanzaban las bóvedas. Sobre el altar mayor se encontraba un trono de plata y un tabernáculo para la imagen que pesaba 3 257 marcos de plata. (p. 193)

Con la construcción de este santuario vemos que, a pesar de la profusión del culto a diversas advocaciones marianas en la Ciudad de México, la devoción a la Virgen de Guadalupe había logrado sumarse, e incluso aventajar, a otras imágenes marianas a inicios del siglo XVIII³.

2 La ermita original parece haber sido una de las erigidas por los primeros franciscanos, la cual el obispo Zumárraga mandó renovar rápidamente; poco después se erigió otra por los indígenas y más tarde el obispo Montufar habría encargado más remodelaciones. Lasso de la Vega tuvo a su cargo el nuevo templo de 1622, según órdenes del arzobispo de México Juan Pérez de la Serna (1573-1631) (véase Maza [1953, pp. 19-20]).

3 Entre las devociones marianas de la Ciudad de México durante el siglo XVIII estaban la Virgen de las Nieves, la Virgen de la Bala, la Inmaculada Concepción, Nuestra Señora del Carmen, Nuestra Señora de los Remedios, Nuestra Señora del Rosario, la Virgen del Refugio, Nuestra Señora de Loreto y la Virgen de la Piedad, entre otras. Muchas de estas advocaciones habían aparecido desde el siglo XVI. David Brading señala que ya en el siglo XVIII: “Al margen de la fuerza que conservaba la devoción a Nuestra Señora de los Remedios, la élite criolla se inclinaba con fervor creciente hacia la Virgen mexicana” (2002, p. 194).

Sin embargo, lo que contribuyó a afianzar aún más el culto guadalupano fue lo que se consideró como la providencial protección de la Virgen de Guadalupe durante la epidemia o peste del matlazáhuatl, que surgió cerca de la ciudad en 1736. Al inicio de 1737, la epidemia cobró gran fuerza en la capital, causando muchas muertes desde enero hasta septiembre. Según los informes oficiales de las parroquias y del Hospital de Indios, al menos 13 721 indígenas fallecieron solo en la ciudad (Brading, 2002, p. 195).

Cayetano de Cabrera y Quintero, poeta y dramaturgo de la época, fue comisionado por el arzobispo Juan Antonio de Vizarrón y Eguirreta para redactar una relación historicopanegírica, y al hablar de la tragedia en su obra *Escudo de Armas. Celestial Protección de esta nobilísima Ciudad de la Nueva España, y de casi todo el Nuevo Mundo*, escrita en 1746, Cabrera describe, entre otros aspectos, los nueve hospitales de la ciudad que al estar copados de enfermos hacían que la peste se propagara (Cabrera y Quintero, 1746, p. 144).

En enero de 1737, cuando la epidemia cobró fuerza en la ciudad, la imagen de la Virgen de los Remedios fue colocada en el altar mayor de la catedral (Brading, 2002, p. 200). La desesperación que la peste causó entre la población fue descrita metafóricamente por Cabrera y Quintero en estos términos:

La tierra que parecía no querer ya sufrir viviente; el agua, que cuando la apetecía mas el bochorno, brindaba en vez de refrigerio, veneno; el Ayre, que cabalgando con nombre de Muerte un Esqueleto, corría matando y embebía una punta a cada soplo. (Cabrera y Quintero, 1746, p. 144)

A pesar de los esfuerzos realizados por las órdenes religiosas, los clérigos y la población entera, la epidemia continuaba; todos estaban convencidos de que “[...] si la pestilencia no se rinde a auxilios naturales”, era necesario buscar la asistencia divina” (Brading, 2002, p. 199). Llevaban en procesión por las calles una gran cantidad de imágenes de Cristo, de la Virgen, de los santos y de reliquias. Brading describe la proliferación de actos religiosos en la ciudad: “[...] la desesperanza de la ciudad aumentó tanto que las imágenes y reliquias que casi nunca

Figura 83. *Virgen de Guadalupe*, siglo XVI, Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, Ciudad de México, México

se habían visto en público se desplegaron y condujeron por las calles. La ansiedad popular creció cuando tuvo lugar un eclipse a principios de marzo” (Brading, 2002, p. 201). Se organizaban procesiones al Tepeyac para implorar a la Virgen que la epidemia cediera.

El 28 de marzo de 1737, el ayuntamiento pidió al arzobispo y virrey don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, que permitiera nombrar a la Virgen de Guadalupe como la patrona principal de la capital y del reino. El arzobispo consultó con el cabildo eclesiástico y votaron todos por el patronazgo de la Guadalupana. Para proclamarla como patrona de la ciudad se realizó una ceremonia el 27 de abril de 1737. En ese mismo año se unieron las provincias al nombramiento del patronazgo, en el cual participaron las ciudades de Puebla, Valladolid, Oaxaca, Guadalajara, Guatemala, Toluca y Querétaro (Brading, 2002, p. 204). El 15 de septiembre de 1737, también Zacatecas juró a la Virgen de Guadalupe como su especialísima patrona y dio “amplios poderes” para que se pidiera a la Santa Sede la confirmación del patronato⁴.

Aunque se nombró a la Guadalupana como patrona en muchas de las ciudades, no fue sino hasta 1746 cuando se le reconoció de forma oficial en toda la Nueva España como patrona universal (Brading, 2002, p. 205). Sin embargo, el asunto de la validación oficial de su culto se había intentado de manera infructuosa desde mediados del siglo xvii y seguía pendiente en Roma, por lo cual, muy pronto se solicitaría de nuevo. En 1751 la provincia mexicana de los jesuitas nombró al padre Juan Francisco López como su apoderado o procurador en Madrid y Roma. López también recibió poderes legales del arzobispo Manuel Rubio y Salinas, del obispo de Michoacán y del ayuntamiento de la Ciudad de México para promover en Roma el reconocimiento oficial del culto a la Virgen de Guadalupe. El padre López partió a Europa en 1754 y llevó consigo varios lienzos de la Guadalupana pintados

4 Este dato y sus fechas aparecían en la página de la Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, en el apartado de efemérides, de 1700 a 1799. En dicha página de Internet se citaba el impreso de José Mariano E. Bezanilla Mier y Campa, titulado *Muralla zacatecana de doce piedras preciosas erigidas en doce sagrados títulos y contemplados en el patrocinio y patronato de su agustísima patrona y señora María Santísima, 1788*.

al óleo por Miguel Cabrera (1695-1768)⁵. El jesuita llegó primero a Madrid para obtener la firma del rey Fernando VI, a quien dio una de las imágenes⁶.

La confirmación del patronato de la Virgen de Guadalupe para toda la Nueva España por el papa Benedicto XIV fue otorgada en 1754, e incluía su día festivo y oficio propio, además de indulgencias especiales. López culminó una iniciativa donde habían colaborado dos arzobispos de México: Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta (1730-1747) y su sucesor, Manuel Rubio y Salinas (1749-1765). Ambos iniciaron y concluyeron el proceso de jura con la declaración, confirmación y proclamación del patronato y sus correspondientes fiestas “de tabla” —que obligaban a todos los poderes a asistir— y precepto —a los fieles en general—, así como su nuevo oficio o rezo (Cuadriello, 2004, p. 22).

Las celebraciones de júbilo por la llegada del jesuita Juan Francisco López con el edicto papal y la confirmación del patronato a Ciudad de México a finales de 1756 fueron inmediatas. Durante el novenario que se celebró en la Colegiata, el arzobispo “pagó de su bolsillo la máquina de fuegos artificiales”, mientras que los indios de Santiago de Tlatelolco pagaron “las luminarias de ocasión que esa noche tachonaban las torres y la portada del santuario” (Cuadriello, 2004, p. 32). Así, el proceso de jura, que había iniciado en 1737, se generalizó y se

5 En su sermón, Luis Beltrán de Beltrán y Barnuevo apunta que el jesuita Juan Francisco López llevaba para su misión en Roma tres lienzos de la Guadalupeana: “Y sacando después uno de aquellos tres lienzos, que se copiaron el día 15 de Abril de 1752, sin el estorbo del vidrio, que cubre la Sagrada Imagen, concurriendo para el efecto D. Miguel de Cabrera en compañía de los más hábiles, y diestros maestros, que tenía México en el Arte de Pintar”. Como podemos ver, hay varias versiones acerca de la cantidad de lienzos guadalupanos que llevó el jesuita Juan Francisco López. Una posibilidad sería que de varias pinturas que se llevaron, solo dos fueran de la autoría de Miguel Cabrera (1759, p. 18).

6 El jesuita llegó a Roma con su misión en el momento propicio, según apunta Brading, debido a que la Congregación de Ritos ya había superado “la hostilidad que le producía canonizar imágenes sagradas” desde fines del siglo XVII, en que se había dado a Nuestra Señora de Loreto su día propio de fiesta y su oficio; la misma distinción se le había otorgado en 1723 a Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza (Brading, 2002, p. 216).

hizo oficial en las provincias de la Nueva España en 1746 y culminó en 1754 con la confirmación en Roma de la Virgen de Guadalupe como patrona universal de la Nueva España.

La confirmación romana fue también, en cierto modo, una carta de reconocimiento a la Nueva España como nación distinta, única. De hecho, en muchos de los festejos y escritos del siglo XVIII es posible ver cómo el culto a la Virgen del Tepeyac y la identidad de la población novohispana continuarían uniéndose de forma progresiva, hasta conformar, a inicios del siglo XIX, el símbolo más poderoso para la independencia de México. Los sermones del festejo a la Virgen de Guadalupe en Zacatecas ya muestran el orgullo criollo, como lo veremos en el sermón del dominico fray Joseph George Alfaro.

La Orden de Santo Domingo de Guzmán en Zacatecas

Una vez contextualizado el acontecimiento guadalupano durante la época colonial, debemos enmarcar el sermón de fray Joseph George Alfaro en su propia orden, así como en las fiestas de Zacatecas. La Orden de Predicadores llegó a la Nueva España en 1526 y contribuyó junto con la orden de los franciscanos, entre otras, a la enorme tarea de evangelización. Desde el inicio fundaron conventos en muchas poblaciones de la zona central y sur del país. En su crónica titulada *Segunda Parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México, Orden de Predicadores en la Nueva España*, fray Alonso Franco narra las fundaciones de los primeros conventos y las vidas de algunos de los frailes en México durante los primeros siglos de la época colonial. Al referirse en particular a la fundación del convento de Santa Cruz de Zacatecas apunta:

Deseaban mucho en la ciudad de Zacatecas, bien conocida en el mundo por la riqueza de sus minas, tener Religiosos de la Orden de Predicadores, y aunque lo habían tratado muchas veces, nunca habían llegado a ejecución estos deseos; mas habiendo el año antes, que fue de mil y seiscientos y tres, fundado nuestra Provincia

Convento en la ciudad de Guadalajara, como queda dicho, brotaron de nuevo los deseos de la ciudad de Zacatecas y trataron de que también hubiera Convento de nuestra Orden en su ciudad. (1900, p. 198)

Fray Nicolás Ortuño, quien venía del convento de Santo Domingo de México, fue el fundador del primer convento en Zacatecas en 1604, según fray Alonso Franco:

Cuando llegó a Zacatecas le ofreció aquella ciudad para sitio uno que tenía título de Hospital de Veracruz, con una buena iglesia. Aceptóla el Maestro Fray Nicolás Ortuño y tomó la posesión, y entraron a vivir religiosos en aquella casa un domingo, a tres de Octubre de mil y seiscientos y quatro. (Franco, 1900, p. 198)

En 1608, durante el capítulo de la provincia de Santiago de México, se designó la fundación de Zacatecas como convento o priorato, con todos los derechos de los demás conventos de la orden y, apunta Franco: “Acudese en el todo quanto un Convento de cien Religiosos podía acudir, y al exercicio de nuestra orden, que es predicar y confessar con gran puntualidad, y a la celebración de fiestas con grandísima solemnidad” (1900, p. 198).

Las fiestas de Zacatecas en honor a la Virgen de Guadalupe

El festejo de 1758, que organizó la ciudad de Zacatecas en honor a la Guadalupana, fue un acontecimiento histórico sin paralelo para esta ciudad minera. Las fiestas fueron espectaculares e incluyeron la redacción e impresión de una relación que describe las funciones religiosas, misas y procesiones, así como las carreras de caballos, toros y juegos realizados durante dos semanas (Alfaro, 1759).

En dicha publicación se incluyen los textos íntegros de los seis sermones pronunciados durante las misas de la primera semana, cuyos oradores fueron: un jesuita, dos agustinos, un franciscano, un clérigo

y el dominico fray Joseph George Alfaro. Todas las órdenes religiosas, el clero y los poderes civiles participaron en las fiestas junto con el pueblo, que abarrotó las iglesias, plazas y calles durante los quince días de festejos. El sermón del dominico se enmarca en las fiestas descritas con gran detalle en la relación del jesuita Xavier Alejo de Orrio, quien para honrar a fray Joseph George y a la Orden de Predicadores lo presenta de la siguiente manera:

Esta Doctissima Religion, que debe preciarse de ser Grande a todas Luzes, tanto por las heredadas como por las adquiridas, nunca sabe quedarse a buenas noches, ni aun se contenta con medianías en materia de lucimientos. La herencia de su Santissimo Padre, fue copiosa, como debe colegirse de aquella flamante Hacha, que encendió el Cielo en su venida, y Yo la contemplo de tantos Pabulos quantos Doctores ha dado esta Religiosissima Familia. (Orrio, 1759, p. 17)

Luz y sombra fueron un tema recurrente en la presentación que hizo el jesuita de los frailes predicadores, quien relaciona el emblema dominico de la flor de lis, en negro y blanco, con la castidad, la austeridad, la pobreza y la luz de los dominicos, propagada en medio de las tinieblas de la herejía. Orrio compara a Santo Domingo con Prometeo: “[...] que haziendo los hombres de barro y subiéndose al Cielo a encender una Hacha en los rayos del Carro del Sol, bajó a dar vida a las inanimadas Estatuas”, y agrega que Prometeo es: “[...] una sombra del Gran Domingo, cuya Luz fue la Alma, que dio vida al Mundo, quando no era más que barro” (Orrio, 1759, p. 17).

El estilo de la relación de las fiestas va dirigido a la élite de lectores que conocen el origen y contexto de cada una de las órdenes religiosas y sus principales santos y símbolos. En palabras del autor, Santo Domingo es:

[...] aquella Luz primera, de donde tuvo después principio el Sol de Thomas, y los demas Astros, que adornan el Cielo Dominicano; y todo este pielago de Luzes vino hoy en representación a festejar a la Señora de Guadalupe, con gran propiedad. (Orrio, 1759, p. 17)

Así presenta Xavier Alejo de Orrio a la Orden de Predicadores, haciendo alusión a su fundador, Santo Domingo de Guzmán, y a la tea ardiente que vio su madre, Juana de Aza, en sueños. Compara la labor de Santo Domingo con el mito clásico de Prometeo y se refiere a santo Tomás de Aquino como otro gran sol, que iluminó el cielo junto a otros astros dominicos. Orrio evoca soles, astros y constelaciones de luces en medio de las sombras de la noche, motivos que veremos replicados más adelante en el sermón del dominico Alfaro⁷.

Fray Joseph George Alfaro y Acevedo

¿Quién era fray Joseph Alfaro? No existe aún una biografía de este religioso, pero ya en 1741, en las actas del capítulo provincial en que se eligió a fray Francisco López como prior provincial, Alfaro es mencionado como filósofo o estudiante de filosofía en el convento de Santo Domingo de México (Archivo Histórico del Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas, 1741, p. 25). En 1745, en el capítulo provincial en el cual fray José Larriba fue elegido prior provincial, Alfaro aparece como lector o profesor (Archivo Histórico del Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas, 1745, p. 27) y, en 1756, en el capítulo provincial donde se eligió provincial a fray Raymundo de Sequera, se incluyó el siguiente texto acerca de Alfaro: “Ex Lect. Sti. Officii. Qualif, p. Josephum Alfaro, quem damus in suppr. Reg. Prim.

7 El jesuita Xavier Alejo de Orrio fue participante activo y testigo de todas las actividades del festejo de Zacatecas y redactó su relación después de escuchar y leer cuidadosamente cada uno de los sermones, uniendo sus conceptos a la relación festiva. Al mismo tiempo, al estudiar cada uno de los seis sermones del festejo, se advierte un consenso por parte de todas las órdenes religiosas y del clero, quienes se congratulan por la proclamación y confirmación del patronato de la Virgen de Guadalupe, como señal de que la Nueva España ha sido predestinada por la Providencia Divina para ser una gran nación, gracias a la predilección de la Virgen.

& Tertii Ord.Direct”⁸ (Archivo Histórico del Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas, 1756, p. 26).

Con respecto a las fiestas zacatecanas de 1758, sabemos que fue el predicador del segundo día y en la relación que se hace sobre el dominico aparece la siguiente información en la portada impresa de su sermón: “Ex-Lector de Sagrada Theología, Calificador del Santo Oficio, Examinador Synodal del Obispado de Durango, Regente Primario, Sub-Prior y Director del Venerable Tercer Orden en el Convento de Predicadores de Santa Cruz de dicha Ciudad”⁹. Otra información que recoge sobre él, aunque más tardía, es la referente a que en 1773 fray Joseph George Alfaro fue elegido prior provincial de Santiago de México (Archivo Histórico del Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas, 1773, p. 25), cargo que se ejercía durante cuatro años, pero que en su caso, por razones que desconocemos, ejerció hasta mayo de 1778.

Alfaro era sin duda un gran orador. Muy pocos sermones llegaban a las prensas y para lograrlo estos debían ser de calidad extraordinaria en estilo y contenidos, lo cual solo conseguían los grandes oradores del momento. Su sermón guadalupano había sido primero revisado por su provincial, fray Raymundo de Sequera, quien otorgó desde el Imperial Convento de Nuestro Padre Santo Domingo de la Ciudad de México la licencia para publicarlo con su firma y la de su secretario, fray Pedro Garrido (Alfaro, 1759, 1 recto). Después de la aprobación por parte de su orden, era necesario el visto bueno del parecer general, que revisaba la relación de fiestas y los seis sermones con sus licencias del ordinario, para, por último, obtener la licencia del virrey. Las aprobaciones, licencias y pareceres son testimonio del complejo y riguroso protocolo de la censura que, sin embargo, no reprimía la ideología del momento, donde ya asomaban las ideas separatistas relacionadas con el orgullo criollo en la Nueva España.

8 Exlector. Calificador del Santo Oficio, padre José Alfaro, que asignamos como subprior, regente primario [de estudios] y director de la Tercera Orden (traducción de la autora).

9 La descripción de los cargos que desempeña fray Joseph George Alfaro en 1758 se transcribe en este pasaje con la ortografía que aparece en la portada de su sermón, incluido en la relación de fiestas (*Breve Noticia*, 1759, p. 28).

El sermón de fray Joseph Alfaro y Acevedo

Su sermón, titulado “Claro Testimonio de la Gloria de María Santísima en su Milagrossísima Imagen de Guadalupe”, inicia cuestionando los motivos, casualidad o contingencia que hicieron que la ciudad de Zacatecas festejara a la Virgen en ese justo momento. Agrega las palabras del apóstol san Pablo a los Gálatas y las de Laureto, que dicen: “Para baxar el Divino Verbo al Mundo, observó cuidadoso que fuese tiempo oportuno” (Alfaro, 1759, p. 29). A partir de esta consideración, Alfaro vincula fechas, el otoño, el lugar, los astros y aun el número ocho que aparece en la imagen guadalupana para discernir, en esas conjunciones, el designio de Dios y el deseo de la Virgen de permanecer en la Nueva España como patrona de los americanos. El dominico concede gran importancia al aspecto aparentemente misterioso y sobrenatural que rodea esas circunstancias, para probar y afirmar más adelante que esas coincidencias temporales y espaciales obedecen a un propósito divino.

En un recorrido por la esfera celeste, Alfaro dibuja y descifra, como si se tratase de un código hermético, significados en los conjuntos de estrellas y su relación con la Virgen de Guadalupe. Las constelaciones que presenta son las de Virgo y Sagitario. Describe así el signo de Virgo:

Hasta veinte y tres de Septiembre se está el sol en Virgo, sin dexar de dorarle con sus rayos. Pintase este Signo, dice Cartario, en forma de una Virgen hermosa, figurando en su purpurea belleza a la Rosa, y en sus lucidos resplandores a la Estrella. (Alfaro, 1759, p. 30)

En referencia a la imagen guadalupana, Alfaro comenta que “[...] las rosas dieron para su formación los colores, y las estrellas lucidamente la adornan” (Alfaro, 1759, p. 30). Recurre enseguida a la figura retórica del quiasmo para mostrar “[...] o unas estrellas con la fragancia de rosas, o unas rosas con el lucimiento de estrellas”. El dominico añade que: “La estrella es toda amigables luces. La rosa clama piedades; pues para dibuxar la Antigüedad un Príncipe benigno, asegura Plinio, le ponían recibiendo rosas de sus vasallos” (Alfaro, 1759, p. 30). De esta

manera, las rosas muestran la esencia y bondad de la imagen guadalupana, es decir, su materialidad y las gracias y bondades que transmite a quien la contempla. Concluye su idea diciendo: “Luego en el mes de Septiembre y en el signo de Virgo tenemos dibuxado el Patrocinio de Maria de Guadalupe. Veamos si lo descubrimos firme, o Confirmado en la estación del Otoño” (Alfaro, 1759, p. 30).

En el otoño, afirma Alfaro, las flores se transforman en “sazonados frutos” vinculados de manera simbólica con el festejo por la confirmación del patrocinio. Sin embargo, advierte que también en esta estación aumentan los males, las epidemias y enfermedades y recuerda la peste del matlazáhuatl de 1737, cuando la Virgen de Guadalupe —jurada como patrona— libró a la población de ese mal. Otro aspecto importante que resaltó fue la crisis económica que atravesaba la ciudad minera de Zacatecas y que había causado el aplazamiento del festejo. Por todos estos motivos, era aún más oportuno el festejar y agradecer la firmeza del patrocinio de la Virgen. Alfaro reflexiona:

Podremos esperar que no tendremos mas Otoño, que de bienes, pues se confirma su Protección para contraveneno de los males. Luego ahora logra nuestra solemnidad su mas cumplido lleno, pues se celebra en un tiempo, que tan al vivo la copia. (Alfaro, 1759, p. 31)

Además de la estación otoñal, las fechas que el dominico consigna incluyen siempre el número ocho. Recuerda que la petición del patrocinio se envió a Roma, en primera instancia, en 1738, después de la jura a la Virgen, cuando cedió la epidemia del matlazáhuatl, y que años más tarde, la carta donde se indicaba con alegría la respuesta papal llegó a Ciudad de México el 28 de septiembre. Por último, la ciudad de Zacatecas celebraba el suceso en ese año de 1758: “Valgate Dios por ocho y por Zacatecas!” (Alfaro, 1759, p. 32). Para confirmar estas coincidencias advierte: “Miremos con cuidado a essa Milagrosa Imagen, y hallaremos (aquí la atención) un numero 8 sobre su pulido Sagrado derecho Pie, como lo observó y declaró el Author de la Americana maravilla” (Alfaro, 1759, p. 32).

El pequeño número ocho se encuentra en medio de los dibujos de arabescos florales, en la parte baja de la túnica de la Virgen. Este número

ya había sido notado por don Luis Becerra Tanco, por el jesuita Francisco de Florencia y por otros religiosos, clérigos y artistas, a partir de diversas inspecciones de las pinturas efectuadas durante el siglo XVII.

La referencia que hace Alfaro a la obra *Maravilla Americana* del pintor Miguel Cabrera es un *topos* que aparece en varios de los sermones de la fiesta de Zacatecas, lo cual se debió a la autoridad del artista novohispano en el campo de la pintura y, desde luego, por la actualidad de su escrito, publicado apenas unos años antes del festejo. En él, Cabrera analiza la imagen y ofrece nuevas pruebas aparentemente objetivas y científicas de aspectos técnicos sobre la pintura y sus cualidades materiales y, a la vez, destaca el aspecto milagroso e inexplicable de su existencia y durabilidad.

Figura 84. La Virgen de Guadalupe con personificaciones emblemáticas de América y Europa, las cuatro apariciones y la alegoría de las armas mexicanas. Anónimo, siglo XVIII, óleo sobre tela. Colección del Museo Basílica de Guadalupe, México

Fray Joseph Alfaro dirige de nuevo su atención a la bóveda celeste, proponiendo que si al inicio del otoño aparece la constelación de Virgo en el espacio y tiempo, es Sagitario quien preside el fin de la estación y en este signo zodiacal el dominico ve la clara presencia de Santo Domingo de Guzmán, fundador de su orden religiosa:

Dibuxasse en traje de un hombre, tan bien puesto a caballo, que parecen hechos de una pieza, el racional y el bruto: aquí entra mi Religion Sagrada, (cuyo es este dia) significada en el Caballo, que en campaña alienta al son de los clarines: *Aequs Praedicatorum Ordinem significat*. (Alfaro, 1759, p. 35)

Así, la orden queda representada por el caballo, aludiendo a los frailes predicadores que lucharon contra la herejía. Una vez resuelto el significado del caballo, el hombre en la constelación de Sagitario no es otro que Santo Domingo y en estos términos lo describe Alfaro:

El racional es mi Esclarecido Patriarcha, y Padre Señor Santo Domingo, tan bien puesto en esse caballo, que por mas tropiezos, que le pusieron en la carrera de su portentosa vida los Hereges, jamás pudieron hacer que perdiesse los estrivos. (Alfaro, 1759, p. 35)

Al final de la primera parte del sermón, fray Joseph alude a la música, describiendo su voz como una cuerda musical media entre las agudas o graves de otros ingenios, y agrega: “[...] siendo la solemnidad de rosas, y teniéndolas en el Signo de Virgo, nunca mejor que en la presente podemos imitar a la Antigüedad, que observaba (según Lorino) esculpir rosas en la cythara” (Alfaro, 1759, p. 37). El autor inicia la segunda parte del sermón con la visita de la Virgen María a su prima Santa Isabel, tema que había sido elegido como lectura por el papa Benedicto XIV para las fiestas en honor a la Virgen de Guadalupe, y por ello es también un *topos* en casi todos los sermones del festejo zacatecano.

Alfaro se pregunta cómo algo firme e inmóvil puede a la vez volar y trasladarse en el espacio y el tiempo, relacionando esta idea con la Virgen María, quien al saberse Madre de Dios voló presurosa a casa

de su prima para asistirle. En forma análoga, estando ya gloriosa en el cielo, María vuela a tierras americanas para dar su amor a los indios y, no contenta, vuela también a Roma, para colaborar en la confirmación de su patrocinio. El dominico afirma que: “Estar firme e imobile Maria, y con las alas volar a las mas distantes tierras solo se puede verificar de Maria de Guadalupe” (Alfaro, 1759, p. 37).

Otro aspecto que destaca en el sermón es el deseo de la Virgen María de quedarse para siempre en tierras americanas, en una forma similar a la de Jesucristo cuando instituyó la eucaristía. Citando al “Angel de los Doctores”, su “[...] siempre venerado Maestro Señor Santo Thomas” (Alfaro, 1759, p. 42), explica que así como Cristo dijo que permanecería con sus discípulos hasta el fin del mundo en el sacramento eucarístico, la Virgen había revelado al beato Amadeo¹⁰ que se quedaría de forma corpórea todo el tiempo que durase el mundo, en esculturas o pinturas; y en especial se vería su presencia en aquellas que obraran muchos milagros (Alfaro, 1759, p. 43). Alfaro pondera, “¿[...] en qué imagen de pintura ha obrado mas portentos, que en la que con el pinzel de sus Divinos dedos copió en el ayate de Juan Diego?” (1759, p. 43). La pintora de su propio retrato es la Virgen — afirma el dominico— para dejar a los americanos en esa imagen su presencia y patrocinio estable y firme. “La misma Imagen lo acredita, pues es como un continuado milagro su perpetuidad maravillosa” (1759, p. 43). Comenta Alfaro que los ángeles en el cielo se preguntan asombrados: “¿Quién es esta, que se aparece como si fuera la misma Luz?”, y responde:

Claro está, que ha de ser María de Guadalupe que ilustrando como Divina Aurora a nuestra Nueva-España al rayar la luz del

10 Entre las ideas que circulaban en Europa y América, algunas reforzaban la creencia en los poderes taumatúrgicos de las imágenes, debido a la presencia real de la divinidad en ellas. El beato Amadeo de Portugal (1429-1482), seguidor de Joaquín de Fiore, había recibido revelaciones de la Virgen en las que le decía que ella permanecería entre los hombres a través de retratos pintados o en esculturas, de forma distinta pero cercana al misterio de la eucaristía (véase Fernández [2012, p. 193]).

día, para mirar benigna, y atender propicia a los Americanos, se dignó aparecerse en el Zerro de Tepeyacac, adornada con todo el resplandor, y lucimiento de las luces. (Alfaro, 1759, p. 44)

Esas luces son las estrellas en el manto de la Virgen y representan en palabras de Alfaro, las “[...] Milicias, o Exércitos con que defiende, ampara y patrocina a los hombres: mas con un Patrocinio tan firme, y estable como la permanencia de los Astros, o la firmeza del mismo Firmamento” (1759, p. 45). El dominico afirma —como ya lo había hecho desde mediados del siglo xvii Miguel Sánchez— que “[...] La mujer del Apocalypsis es expresa representación de Maria de Guadalupe” (Alfaro, 1759, p. 45), y compara la aparición en el cielo que consignó san Juan Evangelista en el Apocalipsis con el amor de la Guadalupeana cuando se le aparece a Juan Diego: “Y en teniendo María Patrocinio, con que defender a los Indianos, tiene tan excessiva gloria, que parece renuncia el Cielo, por esta bienaventuranza de patrocinar en la Tierra” (1759, p. 49).

Como se puede apreciar, fray Joseph Alfaro muestra en su sermón la osadía del orgullo criollo que afirma que la Virgen, en vez de permanecer en el cielo, prefiere estar en la tierra para atender a sus hijos americanos. Reitera que la Guadalupeana:

[...] desde que le dieron un patrocinio tan firme, estable y permanente, que en lugar de acabarse siempre se renueva, dexó, y renunció el Cielo, por tener la gloria en la Tierra de estar patrocinando con un patrocinio firme, perpetuo, siempre nuevo, o Confirmado. (1759, p. 49)

Con esta y otras reflexiones, el dominico celebra la presencia firme de la Guadalupeana en la Nueva España y comprueba el momento providencial y oportuno de los festejos por el triunfo del patrocinio de la Virgen en tierras americanas. Finaliza su sermón pidiendo gracia a la Virgen para el papa Benedicto xiv, el rey Fernando vi, los comisarios y autoridades que organizaron los festejos, así como para el clero, las órdenes religiosas y todos los habitantes de la gran ciudad minera.

Figura 85. *Retablo de la Virgen de Guadalupe con San Juan Bautista, fray Juan de Zumárraga y San Juan Diego*, atribuido a Miguel Cabrera (1720-1768), óleo sobre lámina. Colección del Museo Nacional de Arte, Instituto Nacional de Bellas Artes, Ciudad de México, México

Cierre

Son muchas las ideas, analogías y comparaciones que se entretajan en el sermón de fray Joseph Alfaro, las cuales podrían ciertamente analizarse desde diversos ejes y perspectivas. Hemos intentado destacar sobre todo las imágenes visuales que el dominico va formando, al emplear las rosas y estrellas de la imagen original, el número ocho y su conocimiento de las constelaciones celestes, para mostrar que el misterio guadalupano obedece al orden de un designio divino.

Otro aspecto que surge de manera constante es su orgullo criollo, que muestra la predilección de la Guadalupeana por el territorio americano. Su panegírico es erudito y de gran calidad literaria. No en vano es el segundo predicador en las funciones religiosas del festejo, en las cuales cada lugar y tiempo estaban dictados por la importancia del orador. Su sermón aparece publicado de forma expresa con el patrocinio de los dos comisarios del festejo zacatecano, lo cual es otra indicación del nivel que ocupaba como panegirista en la sociedad novohispana.

Alfaro era un gran conocedor de la oratoria sacra y siguió las reglas de la retórica para cumplir con los protocolos de estructura del sermón, en donde el exordio, las ampliaciones y figuras retóricas, las citas a la mitología y los agradecimientos a las autoridades civiles y religiosas no podían faltar. Sus argumentos se desarrollan con ingenio y profundidad, citando en latín a personajes bíblicos como Salomón, Isaías, Noé y Moisés. Vincula también en el desarrollo de sus ideas a figuras del Nuevo Testamento como Zacarías, Juan Evangelista, San Pablo y menciona a sabios de Grecia y Roma como Cartario, Plinio, Virgilio, Macrobio, Oleario, Arias, al fundador de su Orden, santo Domingo de Guzmán, y a los padres y doctores de la Iglesia, como San Basilio, San Ambrosio, San Agustín y santo Tomás de Aquino.

Fray Joseph Alfaro está al tanto de las políticas de la época y de las circunstancias económicas vividas en la ciudad de Zacatecas, en la Nueva España, en la metrópoli y en Roma. Se trata de un sermón erudito que forma parte de la última eclosión del Barroco en la oratoria sacra, que ya incluía en cierta medida elementos ilustrados. Podemos decir que su sermón, así como los otros cinco del festejo muestran la transición del Barroco a las luces de la Ilustración.

Al revisar el desarrollo novohispano del culto a la Virgen de Guadalupe y mencionar algunos datos de la Orden de Predicadores en Zacatecas, y del religioso dominico, se intentó enmarcar el sermón de fray Joseph George Alfaro y Acevedo en las fiestas de esa ciudad minera a mediados del siglo XVIII. Su sermón alaba la belleza material y el contenido simbólico de la imagen guadalupana, al compararla con las flores y astros del cielo; va dibujado en las constelaciones celestes y en la imagen del ayate el designio de Dios para la Nueva España y agradece el amor de la Virgen hacia los americanos.

Podemos concluir que el sermón muestra el ingenio del espíritu barroco y la fe religiosa exaltada por el orgullo criollo de mediados del siglo XVIII en la Nueva España. La forma ingeniosa y lúcida en que el religioso dominico entreteje sus conocimientos de astronomía, astrología, así como de ciencia, teología, retórica y las artes de su tiempo es asombrosa y revela su formación escolástica y tomista. Fray Joseph Alfaro dirige su mirada —y la nuestra— al cielo, para descifrar en forma evocativa y poética el misterio de amor contenido en la imagen de la Virgen de Guadalupe; una imagen formada con la esencia de flores del campo y de rosas siderales, iluminada en su noche por constelaciones y estrellas.

Referencias

Fuentes primarias

Archivo Histórico del Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas

Actas del capítulo provincial de Santiago de México, 1741, 1745, 1756, 1773.

Actas de los Capítulos Provinciales, Querétaro, México.

Fuentes secundarias

Alfaro, J. (1759). Claro Testimonio de la Gloria de María Santísima en su Milagrossísima Imagen de Guadalupe. A. Orrio (comp.), *Breve Noticia de las*

- fiestas en que la muy ilustre ciudad de Zacatecas explicó su agradecimiento en la confirmación del Patronato de Nuestra Señora De Guadalupe, el mes de Septiembre del año de 1758 por N. SS. P. El Señor Benedicto XIV. Y sermones publicados en dicha función. Siendo sus comisarios diputados los señores José Joaristi y Francisco de Aristoarena y Lanz, Col. Salvador Ugarte, S. U. (p. 274). México D. F.: Biblioteca Cervantina e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.*
- Brading, D. (2002). *La Virgen de Guadalupe. Imagen y tradición*. México D. F.: Aguilar.
- Cabrera y Quintero, C. (1746). *Escudo de Armas. Celestial Protección de esta nobilísima Ciudad de la Nueva España, y de casi todo el Nuevo Mundo* [facsimil, edición digital]. México D. F.: Viuda de Joseph Bernardo del Hoyal.
- Cuadriello, J. (2004). *Zodiaco Mariano. 250 años de la declaración pontificia de María de Guadalupe como patrona de México*. México D. F.: Museo de la Basílica de Guadalupe.
- Fernández, M. (2012). *Discurso e iconografía guadalupana en la Nueva España: Un festejo del siglo XVIII en Zacatecas* (tesis inédita de doctorado). Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Monterrey, México.
- Franco, A. (1900). *Segunda parte de la Historia de la Provincia de Santiago de México, Orden de Predicadores en la Nueva España*. México D. F.: Imprenta del Museo Nacional.
- González, F. (2004). *Guadalupe: Pulso y corazón de un pueblo*. Madrid: Encuentro.
- Maza, F. (1953). *El guadalupanismo mexicano*. México D. F.: Porrúa.
- Orrio, A. (comp.) (1759). *Breve Noticia de las fiestas en que la muy ilustre ciudad de Zacatecas explicó su agradecimiento en la confirmación del Patronato de Nuestra Señora De Guadalupe, el mes de Septiembre del año de 1758 por N. SS. P. El Señor Benedicto XIV. Y sermones publicados en dicha función. Siendo sus comisarios diputados los señores José Joaristi y Francisco de Aristoarena y Lanz, Col. Salvador Ugarte, S. U. (p. 274). México D. F.: Biblioteca Cervantina e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.*
- Sánchez, M. (1648). *Imagen de la Virgen María, Madre de Dios de Guadalupe celebrada en su historia con la profecía del capítulo doce del Apocalipsis. A devoción del Bachiller Miguel Sánchez Presbítero. Año de 1648 Con Licencia y Privilegio*. México D. F.: Imprenta de la Viuda de Bernardo Calderón. Recuperado de <https://goo.gl/xnSqYf>